

## ALVARADO TEZOSOMOC, EL HOMBRE Y LA OBRA

Respecto al contenido de la *Crónica mexicana*, lo primero que debe señalarse es que apenas se ha estudiado, aunque, paradójicamente, la gran mayoría de los autores que tratan de forma directa o indirecta la historiografía novohispana incluyen una obligada y breve alusión a Alvarado Tezozomoc, destacando su pureza racial y, en consecuencia, la importancia de la obra (24).

Un ejemplo paradigmático de lo dicho lo ofrece Manuel M. Marzal en el voluminoso estudio que dedica a la antropología indigenista en México y Perú (25). Marzal, tras indicar un tanto arbitrariamente que *México tuvo peor suerte que Perú en los*

(24) La complejidad de sus escritos y lo poco que se sabe sobre su vida hacen de Alvarado Tezozomoc un autor muy poco atractivo para la mexicanística contemporánea. A los estudios ya citados de Ursula Dyckerhoff (*vid. supra*, notas 13 y 20) y José Rubén Romero Galván (*vid. supra*, nota 2), sólo cabe añadir, al menos hasta donde yo alcanzo, el de Sallie Craven Brennan, *Cosmogonic Use and Time and Space in Historical Narrative: The Case of the Cronica Mexica-yotl*, Submitted in Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree Doctor of Philosophy, Rochester (New York): University of Rochester, 1988.

(25) Manuel M. Marzal, S.J., *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*, Barcelona: Anthropos y Editora regional de Extremadura, 1993.

testimonios de indios y mestizos, da la siguiente noticia de Tezozomoc, como él le llama:

*Es una fuente importante para la historia de su patria, México-Tenochtitlán [...]. Es un indígena que se declara nieto del último emperador azteca, Moctezuma II. De su vida se sabe que fue alumno de Sahagún en el colegio de Tlatelolco y se desempeñó como intérprete de náhuatl en la Real Audiencia de México. Escribió en náhuatl su Crónica mexicana (1598), en la que cuenta la historia de los aztecas de fines del siglo XIV hasta la llegada de Cortés en 1519. Pero sólo se conserva una traducción al castellano, que se publicó por primera vez por Lord Kingsborough en Antiquities of México y luego por Orozco y Berra en México en 1878 (26).*

La cita no puede ser más reveladora, pues sintetiza en unas pocas líneas todos los tópicos acumulados sobre Alvarado Tezozomoc. Así, le convierte en egresado del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco —un centro regentado por los franciscanos donde recibían educación superior los hijos de la nobleza indígena— cuando todos los indicios apuntan en la dirección contraria, y en náhuatlato de la Audiencia, lo cual, hoy por hoy, resulta indemostrable.

Mucho mas grave es la confusión de Marzal al tratar la crónica en sí, porque o bien funde en una las dos crónicas de Alvarado Tezozomoc (la *Mexicayotl*, redactada en náhuatl, y la *Mexicana*, escrita en castellano), o bien atribuye a Tezozomoc la paternidad del documento en mexicano que inspiró la versión castellana del texto objeto de la presente edición.

A la vista de lo expuesto, está claro que para Marzal, como para tantos otros americanistas, lo verdaderamente importante es la lectura ideológica en clave de actualidad de la *Crónica mexicana* y de su autor, y no el análisis objetivo de la misma; análisis que —dicho sea al paso— puede arrojar algo de luz sobre ese complejísimo mundo que era el México de finales del siglo XVI. Para abordar con mentalidad histórica la vida y la obra de Alvarado Tezozomoc, conviene, pues, poner en entredicho cualquier criterio preestablecido, ya que su empleo dificulta aún más el estudio de un autor de por sí confuso y desconcertante (27).

(26) *Ibidem*, pp. 265 y 267.

(27) Para una interpretación de este tipo, cf. Germán Vázquez Chamorro, *La decadencia de la nobleza indígena en el México del siglo XVI. Notas para una biografía de Hernando de Alvarado Tezozomoc*, 1997, ms. La parte biográfica de las páginas que siguen son

### *La educación de un noble*

En este sentido, lo primero que debe pasarse por el tamiz de la crítica es la extendida afirmación de que el autor de *Crónica mexicana* estudió en el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Dado que su nombre no aparece en la relación de alumnos notables de Fray Juan Bautista, ni figura entre los colegiales que ayudaron a Sahagún en su monumental investigación etnográfica, ni se menciona en la documentación oficial u oficiosa relacionada con Santa Cruz, la lógica invita a negar el indemostrado aserto.

Pero hay otra razón de peso en contra del supuesto. Consignando su árbol genealógico en la *Crónica mexicayotl*, Tezozomoc indica que una de sus hermanas menores, llamada Isabel, se casó con Antonio Valeriano, un antiguo colegial de Tlatelolco, colaborador de Fray Bernardino de Sahagún y profesor de latín de alumnos indios y frailes jóvenes, entre ellos, Juan de Torquemada, futuro autor de una extensa obra intitulada *Monarquía indiana*.

Para el aristocrático Don Hernando, Valeriano era un plebeyo cuyo único mérito consistía en saber hablar latín, y así lo expresó sin ambages en la *Crónica mexicayotl* al tratar de Isabel, séptima u octava hija, según su liada cronología, del matrimonio formado por Diego de Alvarado Huanitzin, gobernador indígena de la antigua Tenochtitlan, y Francisca de Moteczuma, hija del *Tlatoani* mexicana (28):

un extracto de lo allí expuesto.

(28) Alvarado Tezozomoc da dos listas diferentes de miembros de su familia en la *Crónica mexicayotl*. La primera consta de cuatro nombres y la segunda de nueve (ocho numerados y uno sin cifrar situado entre el segundo y el tercer hijo). Se ha pensado que esta disparidad responde a dos matrimonios distintos de Diego Huanitzin, pero el análisis de los textos no resulta determinante. En cambio, el repetido empleo del término *tlacoconetl* (hija mediana) en la segunda lista indica: primero, que falta al menos el nombre del último vástago de Huanitzin; y segundo, que el informante de Tezozomoc era mujer. Cf. Hernando de Alvarado Tezozomoc, *Crónica mexicayotl*, introducción y traducción directa del náhuatl por Adrián León, México: UNAM, 1975, pp. 157-158 y 169-171. [En adelante, *C. Myotl*]. Un análisis detallado de las liadas genealogías permite deducir que Diego de Alvarado Huanitzin contrajo matrimonio con dos mujeres, y que ambas poseían un alto *status*. Con la primera, acaso prima hermana o segunda suya, tuvo a Cristóbal de Guzmán Cecetzin y muy probablemente a doña Juana de Alvarado. La segunda esposa, doña

La séptima de nombre D<sup>a</sup>. Isabel. A estepreciado vástago la desposó D<sup>a</sup>. Antonio Valeriano, que no era noble sino tan sólo un gran sabio, un «colegial», que sabía la palabra latina, natural de Atzacapotzalco (29).

La contradictoria opinión de Tezozomoc sobre su cuñado —el párrafo conluga el desprecio clasista del noble por las personas de *status* inferior con la encubierta admiración por los conocimientos del *amo pilli* Valeriano— no deja ningún resquicio para la duda. Si Don Hernando hubiera estudiado en Santa Cruz, no habría dejado pasar la oportunidad de señalarlo, revalorizando su prestigio al tiempo que desprestigiaba al atzacapotzalca.

El hecho de que Alvarado Tezozomoc, descendiente directo de Motecuhzoma, no recibiese educación europea puede resultar sorprendente a primera vista, pero desde luego no tiene nada de misterioso. Posiblemente el futuro autor de *Crónica mexicana* superaba la edad reglamentaria y su solicitud de ingreso, si acaso se presentó, fue rechazada. Al menos, esta es la conclusión que se desprende de un análisis en profundidad del párrafo arriba citado.

Todas las fechas que relacionan a Valeriano con Santa Cruz indican que el atzacapotzalca debió ser uno de los alumnos que inauguraron el colegio. Como el centro se abrió en 1536 y la edad de los educandos iba de los ocho a los doce años, la fecha de nacimiento del futuro yerno de Huanitzin puede situarse entre 1524 y 1528. Lo cual permite fijar el momento de su boda en el período que va de 1544 a 1548, cuando el joven y brillante egresado contaba veinte o veintipocos años y su linajuda novia unos quince.

Si Isabel, nacida entre 1529 y 1533, ocupaba el séptimo puesto en la escala familiar y Hernando el quinto, la diferencia de edad entre ambos, teniendo en cuenta el período de lactancia de tres años, era de ocho, nueve o diez años. Por lo tanto, el natalicio de Alvarado Tezozomoc debió tener lugar en el septenio 1519-1525. Descartando las datas inicial y final, bastante improbables en tanto

Francisca de Moteuczoma, hija de su tío, el *Tlatoani* Motecuhzoma, y, por tanto, prima hermana suya, le dio al menos seis vástagos, y no cuatro, como indica el propio Tezozomoc y admite la crítica moderna. Dado que no puedo resumir aquí el largo razonamiento que me ha llevado a esta conclusión, remito al lector a las páginas 120-131 de mi ensayo *La decadencia de la nobleza...*

(29) C. Myott, p. 171.

en cuanto no dejan lugar para la más mínima variación (30), es factible situar el evento en cualquier año situado en torno a 1523.

Hay otra vía alternativa para corroborar la fecha de nacimiento. En el discurso que abre la *Crónica mexicayotl*, Don Hernando afirma textualmente que oyó, o mejor, aprendió, las narraciones que transcribe de su padre Don Diego de Alvarado Huanitzin, de Don Pedro Tlacahuepantzin, su tío, y de Don Diego de San Francisco Tehuetzquititzin, quienes, apostilla, *bien rectamente sabían el preciado antiguo tratado*.

Como Tlacahuepantzin regresó de su primer viaje a Castilla en 1530 y emprendió un segundo en 1540 (31), la reunión (o reuniones) mencionada puede fijarse en 1539, coincidiendo con la restauración de la dinastía en Huanitzin y la consecuente reavivación del problema sucesorio. Una ocasión, como se observa, muy propicia para *saber el corazón delpreciado legado antiguo*, o, dicho con la prosaica mentalidad occidental, para fijar las genealogías y debatir los derechos de los diferentes candidatos.

Difícilmente un tierno infante de meses, o cuanto más, en su primera infancia entendería algo de aquel galimatías, eso suponiendo que le dejasen asistir. Tampoco un joven de diecinueve o más años aprendería nada porque lo que allí se dijese tendría que saberlo desde los quince, edad en que los jóvenes nahuas comenzaban su educación formal. En cambio, un quinceañero Tezozomoc encargaría a la perfección en la conferencia. Tras la resta de rigor, se obtiene 1524, fecha muy cercana a 1523. Parece claro, pues, que Don Hernando vio la luz entre 1523 y 1524, y que no pudo, aunque hubiera querido, aprender la *latin tlatoalli*.

(30) Dar por válido 1525 como fecha de nacimiento —la única que habría permitido a Tezozomoc estudiar en Santa Cruz— supone admitir que Valeriano ingresó con doce años, que se casó con veinte recién cumplidos y que la madre de doña Isabel se quedó embarazada automáticamente nada más destetar a su hermana Juana.

(31) Para el primer viaje, cf. Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, *Relaciones originales de Chalco Amquemecan*, introducción, paleografía y traducción del nahuatl de Silvia Rendón, México: Fondo de Cultura Económica, 1982, *Séptima relación*, p. 251; la fecha del segundo en Rafael García Granados, *Diccionario Biográfico de Historia Antigua de Méjico*, México: Instituto de Historia, 1953, 3 vols., vol. III, p. 154.

Tezozomoc pertenecería, por lo tanto, a la primera generación de mexicanos alfabetizados —recuérdese que desde 1525 funcionaba en el convento seráfico de San Francisco de México una escuela a cargo de Fray Pedro de Gante, pariente del César Carlos—, y sus conocimientos se limitarían a la lectura, la escritura, el canto religioso y la doctrina. Lo cual —hay que señalarlo porque sólo resulta obvio una vez expuesto— no implica en absoluto que fueran reducidos o deficitarios. De hecho, sus escritos demuestran que los asimiló mejor que la inmensa mayoría de los alumnos de los monasterios-escuelas, cuya capacidad de aprendizaje como colectivo era tan grande que admiró incluso al poco indiano Jerónimo López, uno de los más acreditados portavoces del partido de los encomenderos. Hablando de la educación primaria, dice en una de sus pintorescas cartas:

*Les quisieron [los frailes seráficos] mostrar leer y escribir; y por su habilidad, que es grande, y por lo que el demonio negociador pensaba negociar por allí, aprendieron tan bien las letras de escribir libros, puntar, é de letras de diversas formas que es maravilla verlos; y hay tantos é tan grandes escribanos, que no lo sé numerar, por donde por sus cartas se saben todas las cosas en la tierra de una á otra mar muy ligeramente, lo que de antes no podían hacer (32).*

#### *Un leguleyo amateur*

Pero Alvarado Tezozomoc no recibió educación superior porque sobrepasaba algo la edad estipulada. Ignoraba la *palabra latina* y esa carencia condicionó su vida, dado que en la Nueva España, al igual que en la vieja Castilla, era complicado acceder a algún cargo oficial sin la *latin tlattoli*. Así pues, mal pudo ser *nahuatlato* de la Real Audiencia de México (33). Lo cual no implica que,

(32) *Carta de Gerónimo López al emperador* [México, 20 de octubre de 1441], in Joaquín García Icazbalceta, ed., *Colección de documentos para la historia de México*, México: Porrúa, 1980, pp. [141]-154, p. 148.

(33) Que no ejerció el cargo lo demuestra de forma indirecta el propio Tezozomoc en su escrito en nahuatl. Don Hernando, siempre respetuoso con los títulos, añade por sistema la voz *nahuatlato* tras determinados nombres en la *Crónica mexicayotl*. Así, hablando de Juan Grande, esposo de una nieta del *Tlatoani* Cuitlahuac, dice textualmente: *Juan Grande Nahuatlato Auhdiencia Real in nican Mexico* («Juan

dado su bilingüismo, su posición y sus buenos contactos con las distintas élites virreinales, se le encargaran asuntos de índole oficial o la defensa ante la administración de intereses de particulares, ya fueran éstos de españoles o de mexicanos.

La importancia que el anónimo autor del *techialoyan* de Huauquilpan dio al faraute Alvarado invita a pensar que el nieto de Motecuhzoma gozaba de gran popularidad en los círculos de la magistratura, sin duda porque sus vastos saberes genealógicos e históricos eran muy apreciados a la hora de juzgar los continuos pleitos entre los distintos sectores de la sociedad novohispana.

El falsificador, o falsificadores, del *tlamatl* conocía las actividades históricas de Alvarado Tezozomoc y para justificar sus reivindicaciones incluyó una burda imitación de las complejas genealogías de Don Hernando, acompañadas por un apócrifo retrato suyo que se intituló «nahuatlato alBarado». Una imagen ficticia, ciertamente, pero también verídica. Falsa en tanto en cuanto los rasgos faciales, incluido el poblado mostacho que exhibe, no se corresponden en absoluto con los de un nahua de sangre pura; real porque le atribuyó una actitud y una ropa hispánicas que a buen seguro usaría el erudito Tezozomoc, pues sólo los nobles de altísimo rango gozaban del privilegio de portar espada y vestirse a la europea.

Ahora bien, si existe un poso de verdad en el retrato, habrá que aceptar también que el protagonismo jurídico otorgado por el documento a Alvarado Tezozomoc tuvo una base real.

De hecho, los pocos datos que poseemos sobre el mexicana apuntan en esta dirección. Así, en 1610 su nombre aparece en un documento sobre la genealogía de Doña Francisca de Guzmán, una dama noble de Itztapalapan, uno de los muchos señoríos del Valle de México que tenía una dinastía tenochca (34).

Grande, nahuatlato de la Audiencia Real, aquí en México); y más adelante, refiriéndose a su sobrina Francisca, apunta que casó con Juan Bautista, *Mestizo Nahuatlato*. Si él hubiera sido funcionario de la Audiencia, sin duda lo habría señalado (cf. *C. Myotl*, pp. 162 y 171). Por otra parte, que yo sepa, su nombre no figura en las listas de intérpretes oficiales del Archivo de Indias.

(34) Luis Reyes, «Genealogía de Doña Francisca de Guzmán, Xochimilco, 1610», *Tlalocan*, n° 7 (1977), pp. 31-35, p. 35. El dato es muy importante porque indica que Tezozomoc todavía vivía en ese año.

Diez años antes, su nombre aparece en el *Diario* de Chimalpahin. En la entrada correspondiente al martes, 15 de febrero de 1600, el cronista consignó un pintoresco episodio que tuvo como protagonista al aristocrático Don Hernando:

[...] *el que le representaba [a Juan Cano Moteczuma] era Don Hernando de Alvarado Teçoçomocztin, quien se hizo conducir erguido sobre unas andas y bajo palio hasta llegar a la puerta del palacio. Iba a rendirle pleitesía [al Virrey]. Frente a ella, el Virrey salió a su encuentro. Los castellanos se burlaron* (35).

Además de confirmar la impresión que un acercamiento no ideológico proporciona sobre la peculiar psiquis del cronista —la de un aristócrata orgulloso y arruinado que trata de mantener su antiguo modo de vida—, el texto relaciona a Tezozomoc con Juan Cano Moteczuma, quinto de los siete hijos de Doña Isabel Tecuichpo, hija legítima y heredera de Motecuhzoma II. Un vínculo de gran interés porque Cano residía en España desde 1550 y jamás regresó a México, aunque gozaba de la renta de una de las partes que surgieron al dividir el legado de Doña Isabel (36).

(35) El original nahuatl: «Martes a 25 de febrero de 1600 años [...] *catca xpan quixueh in Don Hernando de Alvarado Teçoçomocztin, quimnapallogue yca andas yhuau balio ye quicaltitiaque xpan macehuallotia yníc hualla tepcan quiyahuac, xypantzinco nocico in Visurrey yhuau mahuiltique castilteco*» (Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuantzin, *Diario, in Die Relationen Chimalpahin's zur Geschichte Mexico's. Teil 2: Das Jahrhundert nach der Conquista (1522-1615)*, Aztekischer Text herausgegeben von Günter Zimmermann, Hamburg: Cram, de Grutyer Co., Universität Hamburg (Abhandlungen aus dem Gebiet des Auslands, Kunde Band 68-Reihe B. Volkerkunde, Kulturgeschichte und Sprachen. Band 39), 1965, pp. 37-146, p. 49. [Traducción mía].

(36) Cortés entregó la rica encomienda de Tlacopan a Isabel Moteczuma en 1526 como dote y arras por su casamiento con Alonso de Grado. Viuda y sin descendencia, matrimonió de nuevo con Pedro Gallego de Andrade. La nueva unión, que le proporcionó un vástago, tampoco duró mucho, e Isabel volvió a casarse en 1536 con Juan Cano, de quien tuvo cinco vástagos, tres varones y dos féminas. Sobre Tecuichpotzin, ver Donald Chipman, «Isabel Moteczuma: precursora del mestizaje (Nueva España, siglo XVI)», in David G. Sweet y Gary B. Nash (comps.), *Lucha por la supervivencia en la América colonial*, México: Fondo de Cultura Económica, 1987 pp. 253-262, *passim*; la encomienda de Tlacopan y sus problemas jurídicos en Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*, México: Siglo XXI,

Por lo tanto, parece seguro que en 1600 Tezozomoc se ocupaba de los intereses de su joven primo, seriamente amenazados por los continuos pleitos entre las distintas ramas familiares. Aventurando algo, cabe añadir que tal vez se encargaba de ellos desde que el muchacho y su padre, ya viudo, viajaron a la península para reclamar la fabulosa herencia de la legítima heredera de Motecuhzoma II. Una actividad muy factible dadas las buenas relaciones de Isabel con Francisca de Moteczuma, la madre de Don Hernando, quien, según una interesante relación anónima, vivió con ella por lo menos entre la primavera de 1530 y el otoño de 1532:

*Mucho habría que decir aquí acerca desto, que todo hace en favor de Moteczuma y sus hijos, porque nos parece segund Dios y nuestra conciencia que deben ser favorecidos y amparados de S. M., en especial la dicha doña Isabel, que es la legítima, y después della doña Leonor, que es casada con otro español que se dice Cristóbal de Valderrama; y otra su hermana que tiene consigo, que se dice doña María, no es casada aunque es mayor en días. Estas dos son hijas de una madre, son de parte de su madre de linaje, cuyo abuelo era de los más privados de Moteczuma. Son muy buenas personas y nobles de condición; y otra que tiene doña Isabel consigo, que se dice doña Francisca, ésta es de menor edad que ninguna* (37).

La relación del nieto de Motecuhzoma con los círculos de la magistratura parece, pues, bastante posible, pero, desde luego, no hay ninguna constancia de que tuviera carácter funcional. De ser así —y debo insistir en que el aserto no es imposible, aunque sí improbable—, Don Hernando formaría parte de ese grupo de ambiciosos bilingües que, según el oidor Alonso de Zorita, vivían de los continuos pleitos que sostenían los indios, de azucar esa fiebre

1994, pp. 431-435.

(37) *Relación de la genealogía y linaje de los señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España*, in VV.AA., *Relaciones de la Nueva España*, edición, introducción general, introducciones parciales, notas y glosarios de Germán Vázquez Chamorro, Madrid: Historia 16, 1991, pp. [101]-125, p. 124. [Redondas mías]. La presencia de Doña Francisca en casa de su hermanastra Doña Isabel se debería probablemente a la ausencia de su marido, Don Diego de Alvarado Huanitzin, enrolado a la fuerza en la expedición a Nueva Galicia de Nuño Beltrán de Guzmán (1529-1534). Para un análisis detallado de lo expuesto, cf. Germán Vázquez Chamorro, *La decadencia de la nobleza...*, pp. 117-120.

pleitista que el jurista describió con tintes *cuasi* apocalípticos.

Para Zorita —reaccionario en lo político y místico en lo religioso—, era inadmisibles y, claro está, punible que los maceguales, los plebeyos, se sublevaran y exigieran a sus señores una sustancial reducción del tributo, máxime si los inspiradores de tal tropelía no eran indios sino españoles, negros, mulatos y mestizos (38). Una falsedad porque también la rancia nobleza nativa participó en el caos judicial que sacudió la Nueva España.

Tezozomoc, indio por los cuatro costados ejerció de nahuatlato. Por lo tanto, y me limito a seguir el razonamiento de Zorita, tomé parte en la destrucción del bucólico orden imaginado por el oidor; un orden donde *todos [estaban] contentos, así indios como españoles, e los tributos mejor e con menos vejación pagados, por tener la gobernación los señores naturales* (39).

Hermosa paradoja. Uno de los alabados *pipiltin* del magistrado se gana la vida proporcionando pruebas históricas a los plebeyos y municipales que pleitean incansablemente para reclamar derechos que, a los ojos del juez español, conducen a la más absoluta de la anarquía. ¿Cómo entender tamaña contradicción? ¿No será, acaso, porque al muy noble Tezozomocztin no le quedó otra alternativa después de que los bienintencionados frailes y los frailunos funcionarios tipo Zorita desmontaran el sistema oligárquico imperante en la época prehispánica y en el virreinato temprano?

La respuesta a la pregunta —políticamente muy incorrecta, lo reconozco— se encuentra de nuevo en la *Cronica mexicayotl*. Antes de entrar en materia, debo señalar que lo apuntado no implica convertir automáticamente a Don Hernando en uno de los delincuentes zoritianos. Sería muy fácil deducir de las alusiones del *techialoyan* de Huauquilpan que don Hernando siguió los pasos de su lejano pariente Don Diego García de Mendoza Moteczuma y se dedicó a falsificar títulos de propiedad y «pinturas antiguas», pero de tan inconsistente prueba no se puede ni se debe deducir que Alvarado era lo que, marzalianamente hablando, podríamos llamar

(38) Alonso de Zorita, *Relación de los señores de la Nueva España*, edición, introducción, notas y glosarios de Germán Vázquez Chamorro, Madrid: Historia 16, 1992, pp. 78-84.

(39) *Ibidem*, p. 79.

un renegado (40).

Antonio Valeriano, *cuñado de Tezozomoc, plebeyo y gobernante de Tenochtitlan*

De acuerdo con lo expuesto en la *Crónica mexicayotl*, el título de *Tlatoani* no pasaba de padre a hijo sino de hermano a hermano y de tío a sobrino (41). La norma se solía respetar, aunque siempre había excepciones. En concreto, cuando un linaje local mostraba pocos deseos de colaborar con el imperio, los tenochcas lo abofan y nombraban un *Cuauhtlatoani* (literalmente, «Orador águila», es decir, un gobernador militar. El ejemplo más significativo lo ofrece Tlatelolco, la ciudad gemela de Tenochtitlan, regida por jefes militares desde que el bisabuelo de Don Hernando, Axayacatl, la conquistara en 1473.

Pues bien, los españoles utilizaron el mismo sistema. Tras la ejecución de Cuauhtemoc, acusado de traición por lo tlatelolcas, según Tezozomoc (42), la parcialidad indígena de México estuvo en manos de *cuauhtlatoque* hasta que, en 1539, se restauró la dinastía legítima en la persona de Diego de Alvarado Huanitzin, nieto de Axayacatl, quinto *Tlatoani* de Tenochtitlan.

Huanitzin, sobrino de Motecuhzoma, fue muy probablemente educado por su tío, quien, tras casarle con su hija, le entregó el gobierno del señorío de Ecatepec, un territorio del Valle de México cuyo usufructo se disputaban las diferentes ramas del linaje gobernante de Tenochtitlan. Su íntima vinculación con el *Tlatoani* y su participación en la política despótica del mismo sin duda le enemistó con una gran parte de la nobleza, aunque le resultó beneficiosa a largo plazo, pues se convirtió en uno de los protegidos de Hernán Cortés.

Que esto es así, lo demuestra el hecho de que sólo Chimalpahin incluyó a Huanitzin en la lista de gobernantes capturados tras la caída de Tenochtitlan, si bien añadió a renglón seguido que el extremeño le liberó casi de inmediato, cosa que no hizo con el res-

(40) Sobre Don Pedro de Mendoza y sus falsificaciones, cf. «Don Diego García de Mendoza Moctezuma: A Techialoyan Mastermind?», *Estudios de Cultura Nahuatl*, n° 19 (1989), pp. 245-268, *passim*.

(41) Todas las fuentes, incluido Zorita, indican que la transmisión del poder se efectuaba por vía fraternal.

(42) *C. Myotl*, p. 165.

to de los prisioneros (43). Don Diego tampoco aparece entre los señores mexicanos que marcharon con el extremeño a Las Hibueras en calidad de rehenes, ni, según las crónicas, estuvo implicado en cuestiones de idolatría (44).

La protección tuvo un precio: Ecatepec. Cortés, que se había reservado la encomienda del Señorío, lo cedió como dote a Leonor Moteczuma cuando ésta matrimonió con el español Cristóbal de Valderrama en 1527, aunque no ignoraba que sólo los Alvarado-Moteczuma tenían derecho a su usufructo (45). Una decisión que pone sobre el tapete el fino olfato político de Don Hernán, ya que Leonor, hermanastra de Francisca, era el fruto de la unión del *Tlatoani* mexica con una de las hijas del *Cihuacoatl* Tlilpotonqui, quien heredó el cargo de su padre, el gran Tlacaelel (46).

La cesión debió ser un duro golpe para Huanitzin, quien tendría que esperar algo más de una década para recobrar el rango que le correspondía por derecho de nacimiento. Tras su fallecimiento, acaecido en 1541, le sustituyó Diego de San Francisco Tehuetzquititzin, descendiente a su vez de Tizoc, hermano de Axayacatl. En buena lógica, la gobernación debería haber recaído a continuación en Luis de Santa María, nieto de Ahuizotl, hermano de Axayacatl y Tizoc; sin embargo, pasó al hijo mayor de Huanitzin, Cristóbal de Guzmán Cecetzin. Santa María, apodado *Nanaca-*

(43) Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin, *Relaciones originales...*, p. 237.

(44) Sobre Huanitzin, cf. Germán Vázquez Chamorro, *La decadencia de la nobleza...*, pp. 49-56 y 77-79.

(45) Motecuhzoma II y su hermano Tezozomoc Acolnahuacatl se unieron con dos hijas de Matlacohuatzin, segundo Señor de Ecatepec. Los frutos de este doble matrimonio entre primos —Francisca y Alvarado Huanitzin— se casaron a su vez, centralizando así la posesión de Ecatepec. En relación con la compleja historia jurídica de Ecatepec durante el virreinato temprano, cf. Charles Gibson, *Los aztecas...*, pp. 425-427.

(46) El *Cihuacoatl* era la máxima autoridad mexicana después del *Tlatoani*. El cargo poseía funciones militares, administrativas, religiosas y judiciales, y tenía un marcado carácter ejecutivo, lo que en cierta medida le asemejaba al visir del mundo islámico. La *Cihuacoayotl* estaba unida a un linaje que seguía una política matrimonial independiente y se transmitía también de hermano a sobrino. El matrimonio de Motecuhzoma con la hija de Tlilpotonqui respondía a la política centralizadora del *Tlatoani*.

*cipatzin* («el vendido», «el vende Patria»), sólo pudo ocupar el cargo después de la muerte de Cecetzin (47).

Con *Nanacacipatzin* vino a concluir el gobierno de los hijos de los amados reyes de los Tenochcâ, en México Tenochtitlan, Atlitlic (48). A partir de entonces serían los gramáticos los que regirán la ciudad con el título castellano de Juez Gobernador, o sea, plebeyos con educación superior. Para las autoridades hispanas, estos macegales merecían el nombramiento por su preparación; para la nobleza indígena, eran usurpadores que se valieron de enlaces matrimoniales para apoderarse de un rango al que no tenían derecho.

En este contexto se sitúa la tragedia íntima de Don Hernando de Alvarado Tezozomoc. Cuando la *tlatoayotl* regresó a la rama de Huanitzin, ni él ni sus hermanos —suponiendo que vivieran— pudieron disfrutar de ella; fue el plebeyo cuñado, Antonio Valeriano, que ni siquiera era tenochca, quien se hizo con el poder:

*Inmediatamente, en este año mencionado [3-Casa, 1573] vino Don Antonio Valeriano, «Juez Gobernador» de Tenochtitlan, habitante de Atzacapotzalco, de quien ya se dijo que no era noble, sino tan sólo un sabio, que podía hablar en «latín»; era yerno del señor Don Diego Huanitzin (49).*

Y sólo porque *podía hablar en «latín»*; posibilidad que, por ironías del destino, le fue negada al muy noble aunque poco cultivado Hernando de Alvarado Tezozomoc (50).

(47) Tezozomoc alude a un xochimilca que ocupó el cargo de forma interina, quien, una vez examinada *la conciencia de los mexicanos*, nombró *Tlatoani* a Cristóbal de Guzmán (*C. Myotl*, p. 175).

(48) *C. Myotl*, pp. 174-175.

(49) *C. Myotl*, p. 176.

(50) La expulsión del poder de la antigua clase dirigente por grupos sociales más preparados —plebeyos y mestizos— o, si se quiere, más hispanizados, se dio en todo el México Central. En Tlaxcala, el mestizo Diego Muñoz Camargo, el autor de la célebre *Historia de Tlaxcala*, logró para su hijo el cargo de gobernador, violando la legislación vigente. Muñoz empleó el mismo sistema que Valeriano: casó a su vástago con la heredera del linaje tlaxcalteca más influyente (cf. Germán Vázquez Chamorro, *Introducción*, in Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, edición, introducción, notas y glosario de Germán Vázquez Chamorro, Madrid: Historia 16, 1986, pp. 7-76, p. 16).

«Y Tlatelolco nunca nos lo quitará»

La *Crónica mexicana* responde, pues, a motivaciones muy concretas y sólo resulta inteligible examinada a la luz de las circunstancias vitales del autor. Desde esta perspectiva, lo primero que debe señalarse es que no persigue una finalidad utilitaria. A diferencia de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún —obra en la que Valeriano jugó un importante papel—, carecía de móviles evangelizadores. Tampoco parece que su redacción estuviese relacionada con algún pleito o disputa legal, pues se hizo mucho tiempo después de la sustitución de los gobernantes tradicionales por otros más cualificados.

Su único objetivo fue la preservación de la visión que la antigua oligarquía nativa tenía del pasado prehispánico. Que éste y no otro fue el propósito, lo corrobora de nuevo el mismo Tezozomoc en la *Mexicayotl* al exponer las razones que le impulsaron a tomar la pluma en 1609. Tras subrayar lo elevado de su estirpe y la credibilidad de sus informantes —todos *tlacopipiltin*, «preciados nobles»—, consigna que transcribió los hechos tal cual:

*lo vinieron a asentar en su relato, y nos lo vinieron a dibujar en sus «pergaminos» los viejos y viejas que eran nuestros abuelas, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos, nuestros tatarabuelos, nuestras bisabuelas, nuestros antepasados* (51).

Y añade a renglón seguido que tomó la pluma para que las generaciones futuras no olvidaran las bizarras hazañas de los *viejos*, sometidas a un proceso de mistificación histórica por parte de los macegales de la ciudad hermana de Tlatelolco:

*Tlatelolco nunca nos lo quitará, porque no es en verdad legado suyo. Esta antigua relación y escrito admonitorios son efectivamente nuestro legado; por ello es que, al morir nosotros, lo legaremos a nuestra vez a nuestros hijos y nietos, a nuestra sangre y color, a nuestros descendientes, a fin de que también ellos por siempre lo guarden. Fijaos bien en esta relación de los ancianos que aquí queda asentada, vosotros que sois hijos nuestros, y vosotros todos que sois mexicanos, que sois tenochcas; aquí aprenderéis cómo principiara la referida gran población la «ciudad» de México Tenochtitlan, que está dentro del tular, del cañaveral, y en la que vivimos y nacimos nosotros los tenochas* (52).

(51) C. Myotl, pp. 4-5.

(52) C. Myotl, pp. 5-6.

Conservar la *huehuetlahtolli*, la antigua palabra, el discurso de los viejos, y transmitirlo a las generaciones futuras. El objetivo no puede ser más concreto e importante; tan importante que Tezozomoc, plenamente consciente del histórico papel que desempeña al transcribir *ad litteram* el recitado de los *viejos* y *viejas*, no titubea en mexicanizar las fórmulas jurídicas hispánicas, convirtiéndose de hecho, que no de derecho, en el letrado de la familia Huanitzin:

*Y hoy en el año de 1609, yo mismo, Don Hernando de Alvarado Tezozomoc [...] precisamente yo mismo certifico y doy fe, en este mencionado año, de esta antigua herencia, de esta antigua amonestación, con la cual Dios nuestro señor me fortalece, la cual nos dejaron los nobles ancianos mexicanos a quienes arriba se nombrara, y a quienes perdonara y se llevara consigo Dios nuestro señor* (53).

Ni le tiembla la mano al personalizar en el *Cihuacoatl* Tlacaeltzin ese canto a la nobleza de Tenochtitlan que es la *Crónica mexicana*. Una actitud inconcebible para un europeo, que habría preferido morir antes que loar las gestas del fundador de un linaje que arrebató al suyo las tierras patrimoniales. Pero, desde luego, perfectamente admisible para una mentalidad que daba la misma importancia a los bienes materiales que a los espirituales, y valoraba por igual recibir como herencia el usufructo de un poema o de un pedazo de suelo. Y Tezozomoc —él mismo lo indica y hay datos que lo corroboran— recibió como legado la *antigua amonestación*, incluyendo los hechos de Tlacaetl (54).

Ahora bien, aunque el propósito de las crónicas *Mexicana* y *Mexicayotl* sea el mismo y estén redactadas con la exhaustiva y reiterativa minuciosidad que caracteriza a Alvarado Tezozomoc, hay diferencias sustanciales entre una y otra.

(53) C. Myotl, p. 7.

(54) En el México prehispánico, las creaciones literarias, cualquiera que fuera su género, también se heredaban y, al igual que las tierras, podían obtenerse por conquista. Un ejemplo concreto lo ofrece Axayacatl, quien recibió de un noble chalca la propiedad de un canto llamado *Nuestra enemiga*. Este poema, dice Chimalpahin, *formó parte de sus propiedades y riquezas [...]. Ese mismo canto lo dejó en herencia el Axayacatzin a su hijo querido, el nombrado Tezozomoc tli Acolnahuacatl, y éste a su vez, a su hijo, nieto de Axayacatzin, el que se llamó don Diego de Alvarado Huanitzin* (Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin, *Relaciones originales...*, p. 214).

Ambas tratan sobre la aristocracia tenochca, pero desde una perspectiva a la vez opuesta y complementaria. La primera aborda la historia de la nobleza, describiendo prolijamente sus hechos gloriosos, gracias a los cuales una mísera aldea lacustre se transformó en la populosa capital del *cemanahuac*, del mundo; la segunda, cuyo contenido genealógico predomina sobre el puramente histórico, es ante todo una interminable lista de los nobles protagonistas y de sus descendientes.

Por eso mismo, la *Crónica mexicayotl* utiliza un concepto de nobleza muy individualizado —hasta tal punto que la obra parece un *who is who*— mientras que la *Mexicana* presenta a la aristocracia mexicana como un bloque sin rostro donde, como ya se ha apuntado, sólo sobresale un nombre: el del *Cihuacoatl* Tlacaeltzin, convertido en la encarnación del colectivo de los *tlacopipiltin*.

Las diferencias afectan también al marco cronológico y al idioma en que están escritas. La datación es casi inexistente en el texto castellano y muy cuidada en el nahuatl (los años del calendario mesoamericano van siempre acompañados de su conversión europea).

Estas variaciones convierten a la *Crónica mexicana* en un caso único de la historiografía indígena postcortesiana (55). En la *Mexicayotl*, Alvarado sacrifica el enorme potencial expresivo de la escritura en el altar de la tradición. Para él, la escritura sólo es un mero instrumento que simplifica la memorización del relato oral, piedra angular de la pedagogía prehispánica. Se limita a reproducir tan fielmente las grandezas y limitaciones del discurso de sus parientes que el lector tiene la impresión de encontrarse ante la transcripción de una moderna cinta magnetofónica. Por el contrario, la fidelidad se desdibuja en la *Mexicana* por razones en parte comprensibles —el problema lingüístico—, y en parte incomprensibles

(55) La historiografía colonial nativa sería aquella que, además de estar hecha por indígenas puros, responde a la mentalidad prehispánica. En ella cabe distinguir dos tipos: la copia fiel del código pictográfico precortesiano, acompañada a veces con glosas explicativas en el nahuatl alfabetizado adoptado de los nuevos señores; y la transcripción literal de la lectura que los ancianos hacían de las ancestrales pinturas. *Vid.* al respecto, Germán Vázquez Chamorro, «Reflexiones sobre lengua, educación y nacionalismo: el papel del nahuatl (azteca) en el México colonial», in Sofía Moneó Taracena, ed<sup>a</sup>., *II<sup>as</sup> Jornadas de Filología Clásica. El cementerio animado. Congreso de lenguas muertas y heridas*, Madrid: Aletheia, 1995, pp. 119-150, *passim*.

(el rarísimo tono asincrónico de la obra, tan ajeno a la mente mesoamericana).

#### *Mito e historia en la Crónica mexicana*

Paradójicamente, esta atemporalidad occidentalizante potencia la mentalidad historiográfica nativa, por completo diferente de la occidental. Como bien apuntó Orozco y Berra:

[...] *Tezozomoc presenta la leyenda en su pristina sencillez; tiene el sabor de esas relaciones conservadas desde tiempos remotos por los pueblos salvajes, transmitidas de generación a generación con ciertos visos de lo prodigioso y lo fantástico; pinta las hazañas y las costumbres de los héroes con cierta elevación unida a la rusticidad que tanto encanta en los personajes de la Iliada [...]; los diálogos son naturales, el estilo duro, descuidado, propio de los pueblos a quienes pertenecen: en suma, es la tradición, la tradición verdadera que los méxica [sic.] conservaban en sus seminarios y hacían aprender de coro a los jóvenes educandos.*

*Notaba el Sr. Galicia [Chimalpopoca] la profusión de digresiones [sic.] fabulosas, y parecía oportuno descartarlas de la Crónica, para hacerla más estimable [...]. No nos ha entrado a nosotros semejante escrúpulo. Sabemos que la corriente de la moda filosófica actual condena los mitos y las leyendas fantásticas [...]; pero chapados como estamos a la antigua no desdennamos mitos ni leyendas fantásticas, porque son la expresión de las creencias, de la religión, de la filosofía, del estado social, de la civilización en suma de los pueblos a que corresponden, y sin ellos quedarían sin solución multitud de problemas así religiosos como civiles (56).*

Orozco, uno de los mejores representantes de la magnífica heurística decimonónica, llevaba toda la razón. Basta con oír la *Crónica mexicana* sin anteojeras chimalpopoquianas —hoy en día tan en boga entre *humanistas* y *científicos sociales*— para comprobar que ese aparente magma de personajes, batallas y portentos sobrenaturales responde a una concepción histórica muy concreta, cuya clave reside precisamente en las *digresiones fabulosas*.

(56) Manuel Orozco y Berra, «Ojeada sobre cronología mexicana», in *Código Ramírez. Manuscrito del siglo XVI intitulado: Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias*, México: editorial Innovación, 1979, pp. [207]-294, pp. 218-219.

La historia, tal y como está planteada en la *Mexicana*, no es progresiva —no tiene principio ni fin— sino estática porque los acontecimientos recrean el momento inicial, ponen, por así decirlo, el contador histórico en 0, retrasando con ello el augurado e inevitable fin del mundo. Desde esta perspectiva conservacionista, la teleología que mueve el quehacer histórico se basa en la oposición orden/caos, y no, como en Occidente, en la dicotomía bien/mal. En consecuencia, los hechos no son buenos o malos *per se*: son positivos si apuntalan el orden primigenio y negativos si raen la perfección inicial.

La dialéctica orden/caos se traduce en unas cuantas oposiciones (masculino/femenino, guerra/brujería, familia/sexualidad, etc.) que aparecen claramente representadas en el enfrentamiento original entre el guerrero Huitzilopochtli, la deidad tutelar de los mexicas, y su hermana, la bruja Malinalxochitl. Sobre esta lucha inicial, Tezozomoc —o mejor, sus informantes— construyen la historia mexicana, que no pasa de ser una cíclica repetición de la misma. De hecho, no hay suceso puntual y clave (la guerra chalca, la conquista de Tlatelolco, la gran inundación de México, etc.) donde lo brujeil no esté presente de una forma u otra.

Por desgracia, las estructuras mitohistóricas, claras en el relato oral en nahuatl, pierden todo sentido al sufrir el doble proceso de traducción (del nahuatl al castellano y del lenguaje oral al escrito), convirtiéndose ciertamente en *digresiones fabulosas* que, a primera vista, parecen un sin sentido, aunque pueden reconstruirse con el apoyo de otras fuentes, tanto en mexicano como en español o bilingües; fuentes que, por otra parte, tampoco son muy inteligibles tomadas de una en una.

Un ejemplo paradigmático lo ofrece el mitologema que explica la conquista de Tlatelolco, la ciudad gemela y rival de Tenochtitlan. Alvarado hace vaticinar a la vagina de Chalchiuhnenetzin, hermana del *Tlatoani* Axayacatl y esposa principal del Señor de Tlatelolco, la ruina de la urbe hermana. En apariencia, parece un oráculo más, pues toda la narración del fraternal conflicto está punteada por agüeros y oráculos que preludian la guerra, pero no es así. Se trata de una estructura explicativa central, cuya lectura pone de manifiesto el conjunto de oposiciones que simboliza el enfrentamiento entre el orden y el caos.

La naturaleza genital del oráculo, *a priori* inexplicable, cobra sentido cuando se relaciona con lo que la *Crónica mexicayotl* y otros textos cuentan sobre las aberrantes prácticas sexuales que el gobernante tlatelolca hacía padecer a la pobre Chalchiuhnenetzin.

Uniendo estos fragmentos se obtiene una estructura cuya morfología se corresponde punto por punto con la historia del *tohueyo*, del «extranjero» que literalmente fascinó con sus genitales a la hija del poderoso Señor de los toltecas (57). El picante cuento explicaba un gran hito histórico: la caída de Tollan, el primer imperio nahuatl. En ambos casos, el caos está asociado con la brujería y la sexualidad deformada, entendiéndose por tal cualquier práctica distinta al coito con propósitos de mera reproducción (58).

La importancia de la parlanchina vagina se corrobora cuando se comprueba que este mitologema, a diferencia de otros, tiene un epílogo de lo más curioso. El pintoresco suceso, que inspiró *La guerra de las gordas* del poeta Salvador Novo, reza así:

*Y con esto <en>bien al Teconal y Moquiuhix a dos o tres mugeres con las bergüenças de fuera y las tetas, y enplumadas, con los labios colorados de grana, motexando a los mexicanos de cobardía grande. Benían estas mugeres con rrodelas y macanas para pelear con los mexicanos [...]. Y con esto y con la grita de anbas partes las mugeres desnudas, desbergonçadas, començaron a golpearse sus bergüenças dándoles de palmadas [...]. Y comiençan a boluer las espaldas y subir ençima del templo de Huitzilopochtli y desde allá alcan otras mugeres las <na>guas mostrando las nalgas a los mexicanos y otras [...] esprimiendo la leche de los pechos, arrojándola a los mexicanos (59).*

De nuevo el referente sexual aparece de una forma explícita, lo cual resulta bastante raro en una sociedad tan puritana como la mexicana; sobre todo, si se tiene en cuenta que las nudistas

(57) Fascinar viene de *fascinum*, nombre que los romanos daban al amuleto en forma de falo que los niños y las mujeres llevaban al cuello para evitar el mal de ojo. El cuento del *tohueyo* in Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, introducción, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, Madrid, Alianza Editorial, 2 vols., vol. 1, lib. tercero, cº V, pp. 210-211.

(58) Un análisis detallado del oráculo en Germán Vázquez Chamorro, «Chalchiuhnenetzin, la vulva parlante. Observaciones sobre brujería, sexualidad y poder en el México prehispánico», *Iberoamericana Pragensia* (en prensa).

(59) Hernando de Alvarado Tezozomoc, *Crónica mexicana*, cº 47, t. 59r. [En adelante, *C.Mna*].

guerreras exhiben sin rubor su vulva (se dan palmadas) y sus senos (exprimen la leche que contienen). Dicho de otra forma, las mujeres muestran sin ningún complejo sus caracteres sexuales (60). Dado que tamaño exhibicionismo no pudo ser real, ni parece deberse a una fantasía sexual de Don Hernando, habrá que pensar que este sinsentido narrativo responde a una lógica.

En principio, la exhibición de la vulva tiene un carácter insultante para el observador, ya sea hombre o mujer, y así se indica en el texto. Sin embargo, también posee un fuerte contenido apotropaico porque la visión resulta maléfica para los espectadores masculinos. El simbolismo del gesto está claro: los tlatelolcas oponen la brujería y la sexualidad a los tenochcas, que iniciaron la guerra para defender el matrimonio de la hermana de Axayacatl.

El episodio de las gordas responde, pues, a la mentalidad historiográfica de la *Crónica mexicana*, pero su importancia va aun más allá. Tomado por sí mismo, este desnudamiento de las partes sexuales, este *anásyрма*, constituye un mitologema independiente que guarda analogías con un llamativo ritual católico, el popular *Risus Paschalis*, y con tres narraciones míticas procedentes de regiones y épocas diferentes: el episodio de los dioses egipcios Ra y Hator, la historia griega de Baubo y Demeter, y el relato de Amaterasu, la deidad solar japonesa. En todos ellos, el *anásyрма* se produce en un grave momento de crisis cósmico-humana provocado por la muerte, el enfado o el luto de una divinidad creadora o sustentadora, y actúa como catarsis: el gesto hace reír al dios, y sus risas provocan el cese de la crisis.

Las *desbergonçadas* mujeres tlatelolcas efectúan, pues, un acto conjurador ante el peligro del caos. Pero el *anásyрма* no va seguido de las liberadoras carcajadas. Tezozomoc, forzado por la naturaleza de su obra —recuérdese que pretende contar hechos verídicos—, corta abruptamente el mitologema y retoma el *tempo* histórico. Sólo después de finalizar el relato de lo que realmente sucedió —la ocupación del gran templo de Tlatelolco y la muerte del gobernante rival—, Don Hernando vuelve a la estructura

(60) La alusión a las mujeres lactantes debe entenderse en este sentido, pues, como se sabe, las féminas lactantes y las embarazadas tienen los senos muy voluminosos. La sensualidad y el erotismo de la escena se potencian literariamente al indicarse que llevaban *los labios colorados de grana*, o sea, pintados, y eso, en el México prehispánico, sólo lo hacían las *ahuíanime*, las prostitutas.

mítica. Ahora bien, al no poder utilizar ya el *anásyрма* para provocar la imprescindible risa que pone fin a la crisis, Alvarado tiene que introducir una nueva y pintoresca anécdota, la de las mujeres-patos:

*Y luego con esto fueron el Axayaca y todos los preñcipales capitanes a sacar a las mugeres y niños y algunos biexos de <en>tre los tulares y cañaberales e les dixeron que algunas de ellos estan metidas hasta los pechos, otras hasta la garganta, otras no tanto. Dixéronlas: «Antes que salgáis basotras las mugeres del agua, <en> señal de obidiencia y tributo, hablá como rresuenan los patos, de toda suerte de abes bolantes». Y con esto, algunas biexas hazían como patos rreales, les rremedauan, y las moças rremedauan al páxaro de que llaman cuachilco y acaçintli, y con esto hazen tan grande rruido <que> berdaderamente paresçían patos (61).*

Cualquiera que sea la interpretación teórica que se dé al desnudamiento de las tlatelolcas (62), el episodio va más allá de lo meramente anecdótico. Lo mítico y lo histórico se funden en un relato donde resulta imposible separar lo fantástico de lo real. Una narración, cabe añadir, confusa y mutilada, y esto por una razón obvia: la tremenda dificultad de llevar al papel y al castellano una relación pensada para recitarse oralmente ante una audiencia nahuaparlante.

#### *Traducción y oralidad en la Crónica mexicana*

Lo cual pone sobre el tapete la cuestión del idioma. Ante todo, basta una simple ojeada para comprobar que el castellano del texto no resulta nada fácil de leer. De hecho, la mezcla de estructuras heterodoxas, grafías arcaicas y cultismos difícilmente inteligibles

(61) *C. Mna.*, c<sup>o</sup> 48, f. 60r.

(62) *Vid.* al respecto, Georges Devereux, *Baubo. La vulva mítica*, Barcelona: Icaría editorial, 1984; Maria Caterina Jacobelli, *El «risus paschalis» y el fundamento teológico del placer sexual*, Barcelona: Planeta, 1991; y Vladimir Propp, «La risa ritual en el folklore» in *Edipo a la luz del folklore y otros ensayos de etnografía*, Barcelona: Editorial Bruguera, 1983, pp. 85-138, *passim*.

para el lector actual (63) convierte la lectura de la *Crónica mexicana* en un auténtico acto de fe que influye de forma negativa en la valoración de la obra y del autor.

En principio, las características enunciadas en el párrafo anterior responden a una traducción literal de finales del siglo XVI, y bastante buena, como pone de manifiesto la comparación de la versión que da Tezozomoc de la única frase en nahuatl de la *Crónica mexicana* que tiene su equivalente en la *Mexicayotl*.

El párrafo en cuestión aparece en una de las muchas arengas patrióticas a las que tan aficionado era Tezozomoc; concretamente figura a modo de resumen del discurso que el *Tlatoani* Ahuizotl dirigió a los mexicanos que marchaban a colonizar los antiguos señorios de Oztoman y Alahuiztlan, cuya población, incluyendo niños, mujeres y ancianos, fue masacrada por rebelarse contra el imperialismo tenochca. Ahuizotl, según su lejano pariente, animó a los colonos a que:

*se jatasen siempre de ser mexicanos y por tales abidos, temidos, benidos y llegados al paraxe de tultzalan, acatzalan, benedizos, chichimeca, biejos, antiguos, de uxpalatl matlalatl yninepanian, atlatlaya michin, ypan mani coatl ycomocayan, cuauhtli y tla-cuayan, Mexico Tenuchtitlan, como dezir* —traduce Alvarado Tezozomoc—, «en el agua clara como la pluma rrica dorada, azul, una agua sobre otra, adonde hierue y espuma el agua, asiento de pescado, adonde silua la gran culebra, en el comedero de la águila caudal, situado Mexico Tenuchtitlan» (64).

La misma poética descripción de Tenochtitlan se reproduce sin variar apenas en el prólogo de la *Mexicayotl*. Aparece tras un párrafo donde abundan los gentilicios similares a los antes citados (teochichimecas, mexicanos, viejos, etc.), y reza así:

(63) El castellano de Tezozomoc es mucho más rico que el actual; algo que, dicho sea al paso, no deja de ser una paradoja, porque paradoja es que un indígena mexicano de la época colonial, un colonizado, tenga un vocabulario infinitamente mejor que el de muchos de los descendientes de sus conquistadores.

(64) Hernando de Alvarado Tezozomoc, *C. Mna*, c.º 76, f.º 103v.). La traducción de *uxpalatl [tozpalatl] matlalatl yninepanian, atlatlaya[n] michin, ipan mani coatl ycomocayan, cuauhtli itlacuayan, Mexico Tenuchtitlan* sería «el lugar donde confluyen el agua amarilla [y] el agua esmeralda, donde el agua resplandece por los peces, donde la serpiente repta, donde come el águila, Mexico Tenochtitlan».

*yn cuauhtli ynequetzayan ynquauhtli ypipitzacayan. ynquauhtli ynetomayan quauhtli ytlaquayan. ycohuyatl ycomocayan yn michin ypatlanian: ynmatlatal yntozpallatl yninepajuhyan ynatlatlayan. ynoncan ynihuiyotl machoco yntoltzallâ ynacatzallâ.*

O lo que es lo mismo, según la versión literal del afamado nahuatlato Adrián León, traductor de la *Crónica mexicayotl*:

*el lugar donde se extiende el águila, el lugar donde come el águila, el lugar donde es desgarrada la serpiente, el lugar en donde nada el pez, el agua azul, el agua amarilla, el lugar de entronque, el lugar del agua abrasada, allá en el ¿brazalete? de plumas, dentro de los tules, dentro de los carrizos* (65).

Como puede observarse, la traducción de Tezozomoc no tiene nada que envidiar a la de León.

A lo largo y ancho de la crónica, Don Hernando, como buen faraute, se esfuerza por hacer comprensibles para un lector español ciertos términos intraducibles. Por ejemplo, vuelve correctamente *motenhuitec* al castellano, traduciendo el invertible *gritarse a uno mismo* como *alarido con boca y mano*, forma mucho más correcta para designar el ulular bélico característico de los indios norteamericanos que también usaban los nahuas del México Central (66). E incluso no duda en cometer anacronismos, como el poner en boca de Tlacaelel la expresión «*Hazé cuenta <que> hezistes el mensaje al fuego y brasa del ynfierno y que de allá salistes*» (67), una clarísima concesión a la mentalidad hispana, ya que no había fuego ni brasas en el ultramundo mesoamericano.

El interés de Tezozomoc por el lenguaje llega a veces a niveles obsesionantes que dificultan la lectura, pues incluye continuamente largas y repetitivas listas de voces nahua acompañadas por su traducción. Así, por ejemplo, describe la coronación de Ahuizotl con las siguientes palabras:

*E acabado esto, le ponen la corona, que es azul, de pedrería rrica, como media mitra <que> le llaman xiuhtzollí. Luego le agu-*

(65) *C. Myotl*, pp. 3-4. La versión parafrástica: *lugar en donde se vergue, grita y despliégase el águila, donde come el águila y es desgarrada la serpiente, donde nada el pez; en el agua azul, en el agua amarilla; lugar de entronque de las aguas abrasadas, en el ¿brazalete? de plumas preciosas, que está en el tular, en el carrizal (loc. cit.)*.

(66) *C. Mna*, c.º 16, f.º 17r.

(67) *C. Mna*, c.º 69, f.º 93r.

xerean la ternilla de la nariz dentro de las bentanas de la nariz y luego le ponen lo que llaman teoxiuhcapitzalli, una piedra muy sutil, delgada, pequeñita, en la nariz, y luego le ponen el matzopetzli, significa manopla o guante de malla, y en el pie derecho, <en> la garganta del pie, le ponen una muñequera de cuero colorado <que> llaman yxitecucuextli, y luego le ponen las cótaras azules <que> son xiuhcactli, y una manta azul de rred con pedrería senbrada; luego le ponen el maxtli, pañetes azul labrado (68).

Sorprendentemente, esta rutina —que invita a pensar que Tezozomoc seguía el método del padre Sahagún y de su cuñado Valeriano— se corta a veces cuando la traducción es más necesaria:

las mantas de las diferentes maneras, que llaman coaxacayo <en> sus esquisitos nombres y no bariar de lo que es naturalmente llamado no se le dé el sentido aquí, y con su beçolera <que> llaman tentecomachoc y otra tenxiuhcoayo y tlaughtonatiuhyo y xiuhltalpiltilmatli, que esta manta es manera de una rred azul y en los ñudos de ella, <en> las lazadas, una piedra rrica apegada a ella sotilmente, y con su pañete yn yaocamaxaliuhqui y tzoahuazalmaxtlatl y yacahualihqui, pañetes diferentes (69).

El hecho de que posiblemente los taparrabos tuvieran un uso ritual explica la reticencia a describirlos o a traducirlos, pero, desde luego, no la de ese fanático de la lingüística, y fervoroso cristiano, que era Alvarado Tezozomoc, sino la del informante que participó en la elaboración del original nahuatl.

Un original nahuatl sobre el cual se han volcado ríos de tinta desde que a mediados del siglo pasado José Fernando Ramírez descubriera en la biblioteca del convento de San Francisco el Grande de México un manuscrito intitulado *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias*. Para la historiografía mexicana decimonónica, la relación —rebautizada con el nombre de *Códice Ramírez* en honor del erudito que la encontró— era la traducción castellana de un texto escrito en lengua mexicana que también había servido de fuente a la *Crónica mexicana* y a la *Historia de las Indias de la Nueva España*, del fraile dominico Diego Durán.

La hipótesis fue en parte confirmada y en parte rechazada un siglo después por Robert H. Barlow, quien aceptó la existencia de

(68) *C. Mna*, c.º 63, f.º 82v.

(69) *C. Mna*, c.º 38, f.º 44v.

una historia en nahuatl perdida, a la cual denominó con el instinto literario que le caracterizaba —Barlow había sido miembro del círculo de H. P. Lovecraft, el célebre escritor de cuentos de terror— *Crónica X*, pero rechazó de plano que el *Códice Ramírez* fuera la traducción más antigua. Según él, la relación era un resumen elaborado por el jesuita Juan de Tovar de la *Historia de las Indias* de Durán; historia que, a su vez, sería en una versión parafrástica de la famosa crónica perdida, la misma que vertió Tezozomoc al castellano con el título de *Crónica mexicana*.

Ahora bien, si tenemos en cuenta la más que conservadora mentalidad de Tezozomoc, sus obsesiones, frustraciones, posesiones e intenciones, la conclusión lógica es que volcó al castellano el misterioso documento con los mínimos cambios posibles. Dicho de otra forma y parafraseando a Barlow, si se conociera el nombre del autor de la *Crónica X*, su nombre sería Hernando de Alvarado.

La prueba de lo apuntado se encuentra en los fragmentos que siguen, los únicos donde coinciden casi literalmente las dos obras de Don Hernando.

y allí cumplió otro año, ome tuchtli. Y allí les habló Huitzilopochtli a los mexicanos, a los sacerdotes que son nombrados teomamaque (cargadores del dios), <que> heran Cuauhtloquetzqui y Axoloo, Tlamacazqui, y a Ocoaltzin, a estos cargadores de este ydolo llamados sacerdotes les dixo: «Padres míos, mirá lo que a de uenir a ser, aguardá y lo be-reis, que yo sé todo esto y lo que a de benir y susçeder. Esforçáos, començáos aparejar y mirá que no emos de estar más aquí, que otro poco adelante vemos en donde emos de aguardar y asistir y hazer asiento, y cantemos, que dos generos de gentes uendrán sobre nosotros muy presto» (*Crónica mexicana*, c.º 3).

y allá en chapultepec «ataron» también el año, la cuenta de años 2-caña. E inmediatamente da Huitzilopochtli órdenes a los «teomamas», a los llamados Cuauhtlequetzqui, el segundo Axolohuâ, sacerdote, y el tercero, llamado Ocoaltzin; dijoles Huitzilopochtli: «¡Oh, padres míos!, esperad aún por aquello que ha de hacerse, pues lo veréis, pero esperarlo todavía, que yo lo sé; esforzaos, atreveos, reforzaos, arreglaos, ya que no es aquí donde estaremos, sino que aún más allá están a quienes cautivaremos, a quienes regiremos; y además esperemos a quienes nos vengán a destruir, que de ellos vienen ya dos clases» (*Crónica mexicana*, c.º 3).

Dejando a un lado las variaciones fruto de la traducción, la similitud es tal que parece fuera de toda duda que Alvarado transcribió por duplicado la lectura que dos de sus amados viejos hicieron de un mismo códice prehispánico en épocas distintas, y lo efectuó con mentalidad mexicana porque de lo contrario se habría dado cuenta que el lector de la *Mexicana* fechó el evento en el año *ome tochtli* («dos conejo») y el de la *Mexicayotl* en el *ome acatl* («dos caña»), y habría corregido la incongruencia.

Un par de deducciones se desprenden de las reveladoras citas. Primera, que el concepto de historia de Tezozomoc difería muy mucho del europeo; y segunda, que la enigmática *Crónica X* fue un conjunto de lecturas, hechas por lectores diferentes, de códices pictográficos variopintos mejor o peor engarzados en torno a la *pintura* que describía las hazañas de Tlacaelel, el espíritu encarnado de la aristocracia tenochca.

Respecto al primer punto, un examen minucioso del texto corrobora lo expuesto. Así, a los escrúpulos traductores que de cuando en cuando aparecen en la *Crónica Mexicana*, a la contradicción sobre la fecha en que sucedió el episodio de Chapultepec —tan nítido para los mexicanos, por otra parte— cabe añadir bastantes añadidos, o interpolaciones, muy fáciles de descubrir si se tiene la paciencia de leer y releer la obra. Para no extenderme, me limitaré a indicar que en el capítulo 96, donde se relata la segunda guerra contra Huexotzinco, el protagonismo recae en el Señor de Tula, un auténtico héroe que no lo fue tanto si creemos lo que se escribe respecto al evento en un capítulo precedente.

Sobre el segundo, bastará con indicar que en contra de lo que pueda parecer, Tezozomoc no es un historiador caótico o inepto, es simplemente un mexicano de linaje noble que escribe historia, pero no al hispánico modo sino al mexicano.

*«Mi fin es mi comienzo...»*

*... y mi comienzo mi Fin».* Así se inicia un hermoso rondó de Guillaume de Machaut, y así, con esta paráfrasis, concluye mi acercamiento a la vida y obra de Alvarado Tezozomoc, cuya complejidad, como habrá podido comprobar el lector, exige ir más allá de los estudios *ad hoc*.

La extensa crónica que sigue y la personalidad de su autor sólo son inteligibles si se tiene en cuenta un par de ideas. Primera, que *Don* Hernando de Alvarado Tezozomoc era más Tezozomoc que Alvarado; y segunda, que tenía derecho a usar indistintamente el *Don* castellano y su equivalente nahuatl, el reverencial *-tzin*. Un

dato acaso sin importancia para el mundo actual, hijo legítimo de las revoluciones burguesas de finales del siglo XVIII, pero vital para sociedades estamentales como eran la española del siglo XVI o la mexicana prehispánica. Unas sociedades, conviene añadir, que, para desgracia y desesperación del cronista, experimentaban un duro proceso de cambio.

A *Don* Hernando de Alvarado, al *Tlaçopilli* Tezozomoc<sup>tzin</sup>, quien debería haber sido bien *Tlatoani*, bien padre de *tlatoque*, sólo le quedó el recurso de la memoria y la transmisión del glorioso pasado a las generaciones futuras. De ahí que nada resuma mejor la personalidad de este *tlamatini* («sabio») noble metido a escritor *castilleca* que las palabras que acompañan a los créditos de *Más allá de la Cúpula del Trueno*:

*Los años caminan rápido, y veces sin fin yo he dicho el relato,  
pero no es relato de sólo uno, es relato de todos nosotros.*

*Así que tienes que oírlo.*

*Y recuerda, porque lo que oyes hoy, tienes que contarlo a los  
nacidos mañana.*

Germán Vázquez Chamorro